

sus condiscípulos, de sus maestros, y finalmente de Nicolás, en cuya despedida experimentó la más fuerte de cuantas impresiones había sentido aquellos días en su corazón. Habíanse criado siempre juntos, juntos habían hecho el viaje tanto de ida como de vuelta de Italia, juntos habían pasado en su niñez cuatro años en Nápoles, y juntos habían vivido en el colegio de Zaragoza por espacio de otros cuatro años. Tan larga compañía había engendrado en el corazón de entrambos un amor muy entrañable, y á medida de este amor fue ahora la pena de la separación.

Era sin embargo forzoso el arrancarse uno de otro: pero quiso Dios que no hiciesen larga ausencia; porque en cuanto Nicolás llegó á edad competente, siguió el ejemplo de su hermano, y entró dos años después en la Compañía.

El deseo de verse ya en el noviciado le hacía á José larga toda dilación y penosa é insufrible toda tardanza. Acompañado, pues, de algunos criados, como requería su edad y su condición demandaba, salió de Zaragoza para Tarragona, lo cual en su concepto era abandonar á Egipto y pasar á la tierra de promisión que manaba leche y miel, y en donde gozaría de la verdadera libertad de los hijos de Dios.

CAPÍTULO III

Noviciado de José en Tarragona. — Primera probación. — Viste la sotana. — Emprende la mortificación de sus afectos. — Mes de hospital. — Oculta su nobleza. — Su caridad con los huéspedes. — Pide limosna por la ciudad. — Tentación de sueño. — Peregrinación á Montserrat y Manresa. — Casos notables. — Visita á Viladordis. — Vuelta á Tarragona. — Su aprovechamiento en las virtudes. — Hace los votos del bienio.

1753 — 1755

Quince años y cuatro meses contaba José cuando entró en la casa del Noviciado, que fué á los 8 de Mayo¹ de 1753. Era ya en ella conocido por las noticias que á sus connovicios había comunicado del colegial de Zaragoza su antiguo compañero José Doz. De este y de todos los novicios era esperado con vivas ansias, porque estaban deseosos de ver á aquel piadoso jóven, que con tan halagüeños colores se les había pintado; y el Maestro de Novicios² pensaba adquirir, y no se engañó, un nuevo Luis Gon-

¹ El P. Monzon, por error de pluma ó de imprenta, dice que fue el 18 de Mayo. Esto no pudo ser, porque segun el mismo biógrafo, hizo José los votos del bienio en 9 de Mayo de 1753, y hubieran sido inválidos, segun el instituto de la Compañía, por no haberse cumplido los dos años enteros de noviciado.

² El P. Monzon dice que se llamaba P. Olves; el P. Boero le da el nombre de P. Thomeo. En el catálogo de 1757 existe un P. Lorenzo Thomeo, y ningun Olves.

zaga, que con su fervor y santos ejemplos encendiese en el corazón de sus súbditos ardientes deseos de su propia perfección y celo de la salvación de las almas. Véase pintado en el rostro de cada uno el gozo y regocijo al saber que ya estaba en casa el nuevo candidato; y cada uno allá en su interior hacía votos para que le cupiese la dicha de ser el compañero que durante los primeros días suele señalarse á los recién llegados.

El gozo que experimentó José en su espíritu al entrar en aquella tan suspirada mansión y escuela de virtud, no hay palabras con que se pueda explicar. No cabía en sí de júbilo, no acababa de dar gracias á Dios por el inestimable beneficio que de su bondadosa mano recibía, y todo era encenderse en deseos de fiel correspondencia con la observancia más estricta de las reglas y constituciones, que desde entonces hasta su muerte habían de ser el modelo que en su alma había de copiar. Empezó desde luego la que llamamos primera probación, la cual hacen los candidatos con absoluta separación de los demás por espacio de algunos días, durante los cuales se les explican los puntos sustanciales del instituto, para que empiecen á conocer lo sublime de su vocación y los deberes que les impone; instrúyeselos en este mismo tiempo en lo que toca á la observancia común y disciplina regular, á fin de que no les venga de nuevo el tenor de vida que á los pocos días han de emprender en compañía de los demás novicios; adiéstrselos en la práctica del exámen general y particular, y en el modo de tener oración, dándose fin á todo con los ejercicios y la confesión general de toda la vida.

Durante esta primera probación señalase al candidato por instructor y guía un novicio, para que siempre le acompañe y vaya instruyéndole. Tocóle á José por ángel, que así suele llamarse el compañero novicio, uno, que si bien era bueno y virtuoso, con todo no era ningun portento de prudencia y de amabilidad. Este entre otras lecciones que le dio, explicóle algunas reglas de modestia, no conforme al espíritu con que las escribió San Ignacio, sino según el modo con que él las entendía y practica-

ba. «Tenga siempre,» le decía, «la cabeza baja, los ojos más bien cerrados que abiertos, el aspecto serio y algo adusto y melancólico.»

Obedeció sin réplica el bueno del novicio á su inexperto guía, y procuró hacerse violencia en cosa que tanto le repugnaba, pues hasta entonces se había siempre captado la benevolencia y amor de cuantos le trataban precisamente por cierto candor natural y buena gracia en el semblante siempre sereno, que procedían de una alma enemiga de toda doblez y ajena aun de la sombra de afectación. El sentir repugnancia en poner por obra la instrucción de su ángel fue por una parte motivo bastante para hacerse mayor violencia; y por otra fue causa de alguna perturbación en su alma, como si en aquel sentimiento hubiese algo de voluntario defecto. Fue á dar cuenta de lo que pasaba en su interior al P. Maestro: presentósele con la cabeza baja, casi cerrados los ojos, y cubierto el semblante como con un velo de afectada tristeza.

Admiróse no poco el P. Maestro al verle entrar de aquel talante tan diferente del de los primeros días, y le dijo con blanda voz y con suave sonrisa: «Hermano José, no ha venido V. á la Compañía para representar el papel de anacoreta: ha entrado para servir á Dios con corazón magnánimo y santa espontaneidad, con rostro alegre y placentero: en la Compañía la modestia no ha de ser afectada é hipócrita, sino natural y sencilla, efecto de la calma y compostura interior del espíritu, que se ha de pintar en el semblante.» Estas palabras, según confesaba él después, le infundieron tal alegría, y le ensancharon tanto el corazón, que luego recobró su antigua serenidad, y ya desde entonces se vio brillar en su rostro la más sincera alegría.

Vestida la sotana y admitido al trato común con los demás, empezó á practicar con admirable exactitud y diligencia todos los ejercicios espirituales que se acostumbra en el noviciado, de tal manera que novicio de pocos días, ya en el tenor de vida y modo de conducirse se le creyera uno de los más provechosos y ejercitados por mucho tiempo en aquellas prácticas. Nada se le

hacia pesado ni enfadoso; en nada sentía dificultad; ninguna cosa de cuantas le ordenasen, por menuda que fuese, le parecía de poco momento: todo lo abrazaba y ponía por obra con pronto rendimiento de voluntad y de juicio. Obedecía sin dilaciones á la simple insinuacion no solamente de los Superiores, sino de cualquiera igual ó inferior, en quien descubriese alguna sombra de autoridad: con todos usaba tales demostraciones de afecto y veneracion, que bien se echaba de ver que á todos tenía en igual aprecio y estima.

Desde el principio de su vida religiosa hizo guerra sin descanso á su amor propio, y empuñó contra él las armas de una continua abnegacion de sí mismo y de la mortificacion de sus afectos. Nacido noble y rico, y criado entre toda clase de regalos y comodidades, no podía menos de sentir, más que otros de más humilde cuna, las privaciones que trae consigo la pobreza religiosa, como son el vestido de paño burdo, la mesa parca y frugal, la habitacion desnuda de todo adorno y sin más muebles que los puramente necesarios, y aun estos incómodos y sin aliño, el tener que vivir día y noche en compañía de alguno ó algunos de sus hermanos, cosa siempre pesada, como que cercena la libertad y es ocasion de continuas privaciones; y, lo que suele ser más penoso y duro, el seguir en todo la vida comun, en virtud de la cual no se hace distincion entre persona y persona, ni se repara en grado, en autoridad, en nacimientos, en talentos, ni otra prerrogativa alguna, á no ser que exija alguna diferencia la caridad con los débiles ó enfermos. Vencióse el fervoroso H. José en tal grado, que á fuerza de reprimirse en comer siempre lo que le servían á la mesa, por repugnante que le fuese, llegó á formar costumbre contraria á su paladar, y á encontrar agradable lo que ántes tenía por desabrido. Solía decir á este propósito en su vejez que la naturaleza acaba por doblegarse como uno quiere, y llega á no resentirse ni dar señales de vida, si se contrastan á tiempo sus caprichos.

Así fue que la primera vez que le enviaron los Superiores al hospital para servir á los enfermos, al acercarse á uno que exhala-

ba de sus úlceras cancerosas un hedor pestilencial, se le revolvió de tal manera el estómago, que tuvo que retirarse inmediatamente á casa por orden del que hacia de Superior; pero el fervoroso novicio, no bien se repuso un poco, se fue al aposento del Padre Rector, y avergonzado y corrido de su delicadeza, rogóle con vivas instancias que le permitiese volver de nuevo al hospital; y alcanzó lo que pedía. Volvió allá al instante, y fue repitiendo en lo sucesivo las visitas á aquel lugar; y con la frecuencia de actos contrarios quedó con pleno y absoluto dominio de sí, tanto que en adelante una de sus mayores delicias era andar de cama en cama entre enfermos, aun los más repugnantes y asquerosos, y abrazarlos, acariciarlos y servirlos en cuanto habían menester.

En casa se le veía siempre acudir el primero á los ejercicios de mortificacion y humildad: y era cosa que enternecía verle tan á menudo y con tantas veras ocupado en barrer los aposentos y pasillos, fregar los platos en la cocina, ayudar al cocinero en su oficio, besar los pies á sus connovicios, comer en el suelo debajo de la mesa y mendigar de sus hermanos el alimento.

Jamás se le oyó hablar una palabra de su nobleza ó de la elevacion ó influencia de sus parientes; de forma que quien no hubiese sabido de él más de lo que por defuera parecía, le hubiera tenido por de vil condicion y por uno de los sirvientes de la casa. Á 25 de Diciembre de este mismo año de 1753 nacióle á su hermano D. Joaquin una hija, llamada D.^a María Manuela, de la cual tendremos ocasion de hablar en varias partes de esta historia; el año siguiente, confió el Rey Católico al mismo señor la embajada de Turin¹: y al comunicársele á José tan faustas nuevas, contentábase con agradecer á Dios los beneficios que á su familia dispensaba, y él no se envanecía más que si aquellas cosas no le tocasen para nada. ¡Tan muerto estaba á todo afecto de carne y sangre!

Destinósele una vez al cuidado de los huéspedes, ó sea de los

¹ *Apuntes sobre la vida..... de D.^a María Manuela Pignatelli etc.*, página 1. Desempeñó D. Joaquin la embajada hasta principios de 1759.

Padres y Hermanos que pasaban por Tarragona al ir de unos colegios á otros. Pasó un Hermano *coadjutor*, llamado José Piñol¹, enviado de Tortosa á Barcelona; y *acogióle* el novicio Pignatelli con tal agasajo y con tantas demostraciones de amor y caridad, que el buen H. Piñol se corría de ello. Todas las mañanas le hacía la limpieza del aposento, mullíale la *cama*, y le proveía de todo lo necesario, como si realmente sirviera á un personaje de gran consideracion y respeto. Admirado el *huésped* de tanta caridad y diligencia, preguntó quién era aquel *novicio* tan cortés y cariñoso; y al saber su calidad y nobleza, *quedó corrido* y sonrojado al verse servido por él de aquel modo; se fue á pedirle perdón de haberle consentido que así le tratase, y le rogó no le avergonzase más con el cuidado que de él *tenía*. Respondióle Pignatelli que no había para qué correrse *ni* rehusar unos servicios, que él hacía por obediencia y además *por* singular consuelo que en ello sentía su espíritu.

Admiró el buen H. Piñol la virtud *del* novicio, de quien en toda su vida no se olvidó, haciéndose *lenguas* de él, y contando el suceso con gran ternura cuando era *ya* viejo y llevaba muchos años de destierro en Italia. Varios *fueron* los que allí se lo oyeron referir y encarecer, y así *testificaron* haberlo oído de su boca en los procesos para la beatificación del P. Pignatelli.

Uno de los testigos que hicieron *mencion* de este suceso, fue el H. Santiago Annoni, el cual dice²: «*Recuerdo* haberme dicho el H. José Piñol S. J. que en España *pasando* en una ocasion por el colegio en donde estaba por *aquellos* tiempos el Siervo de Dios, y habiéndose detenido allí, *había* conocido al P. Pignatelli, el cual estaba destinado á recibir los huéspedes; y había admirado la cortesía y la caridad del *Padre*.»

Cuán amante fuese de las públicas *humillaciones*, se verá en el

¹ Fue natural de Calaf, en Cataluña; *nació* en 28 de Enero de 1729; entró en 4 de Setiembre de 1748, y *murió* en Roma á 15 de Abril de 1814.

² *Process. Rom.* fol. 329.

caso siguiente que depone el P. Juan Antonio Grassi¹. Yendo un día por la ciudad con la alforja al hombro pidiendo limosna, tropezó en una calle con algunos jóvenes oficiales que le conocieron; y al mirarle y reconocerle, se pusieron todos á reír y hacer burla de él como de un mentecato. Paróse el H. José muy de propósito delante de ellos, á fin de que se desahogaran á su placer, y luego les dijo: «Divertíos en hora buena conmigo, con tal que me paguéis el rato de solaz, que os proporciono, con alguna limosnita.» Cesó la burla, quedáronse mudos y no poco admirados de tanta virtud, y le alargaron en efecto una buena limosna.

Volvió en otra ocasion de enseñar la doctrina á los presos de la cárcel, de donde sacó un enjambre de animalillos asquerosos que le corrían por la sotana. Advirtiolo uno de sus compañeros; y al ver que el H. Pignatelli lejos de mostrar horror y asco, iba satisfecho y alegre, le dijo: «¿No ve, Hermano, cuántos animalillos lleva encima? Á lo cual respondió él: «Estas son las perlas con que siempre debería estar esmaltado el hábito del religioso.» En estos ejercicios de humildad se ocupaba el joven Pignatelli.

Es inexplicable la paz y alegría de espíritu que experimentaba el buen novicio y la aceptaba como recompensa de su fervor; pero vino á turbársela una tentacion molesta y humillante: esta fue la del sueño. Por las mañanas no oía la señal para levantarse: llegada la noche, de puro sueño se caía y no podía estar de pie. Apuró cuantos remedios le aconsejaron para vencerse, mas todo fue inútil. Esto comenzó á hacerle temer seriamente que no podría seguir la vida comun, y que tendría que abandonar el estado religioso. Como rayaba casi en exceso el amor que tenía á su vocacion, esta contrariedad fue la más molesta y trabajosa de cuantas pudieran sobrevenirle. Oraba á Dios con lágrimas y gemidos de su corazon; mas el trabajo arreciaba.

¹ *Process. Rom.* fol. 925 b. El mismo en los fols. 926 y 927 confirma todos los hechos que aquí se refieren.

En esto se le ofrece que quizás el Señor le castigase su falta de claridad con los Superiores, á quienes nunca había dado cuenta de este su estado. Vase al P. Maestro; manifiéstale la tentacion del sueño y los temores que de ella se le originaban: ánimo este á sufrirla con **paciencia**, desvanece sus temores, y por fin le dice: «No haga caso de ese sueño, Hermano: que tiempo vendrá en que desee **dormir**, y no pueda.» Así puntualmente le sucedió en los postreros años de su vida; y contaba él este dicho como profecía de su **Maestro**.

Esta fue la única **tentacion**, que sepamos haber padecido en su noviciado: el **progreso** en las verdaderas y sólidas virtudes fue cual de su extraordinario fervor podía esperarse. Era este tal, que no se creyó **había** de aflojar en él, si para dar pábulo á la incansable actividad que le aguijoneaba y para distraerle de su continua aplicacion **mental**, se le concedía la lectura de libros no permitida á los **novicios**, como son las historias eclesiásticas y otros semejantes. **No** se ofendían de esta distincion sus compañeros, porque **reconocían** la ventaja que les hacía en la virtud.

Uno sin embargo se halló, que menos sólido en el espíritu y poco firme en su vocacion, la cual abandonó poco después, movido ó bien de **envidia** al verse pospuesto á José en la estimacion y aprecio de los demás, ó por algun defecto no vencido, resabio de la profesion de las armas, que ántes de entrar en la Compañía había **seguido**, le miraba de reojo, le daba con frecuencia ocasiones de mortificacion, y le trataba con aspereza y desabrimiento. Pero esta contradicción no sirvió de otra cosa que de hacer brillar con nuevo esplendor la virtud del buen Hermano, especialmente la humildad, caridad y paciencia; y nunca dio la menor señal de resentimiento por las molestias que le causaba aquel su compañero: disimulaba, sufría en silencio, y trataba y **conversaba** con él con la misma afabilidad y mansedumbre que con los otros Hermanos.

Entre las varias **pruebas** que en la Compañía se hacen durante el noviciado, una de las principales es el mes de peregrinacion, que hacen los novicios de dos en dos, ó de tres en tres,

caminando á pie, pidiendo limosna para sustentarse, visitando los enfermos de los lugares por donde pasan, y explicando la doctrina cristiana á los niños y demás personas que asisten á oirla.

Llególe su turno á José; y la sola idea de poder visitar el célebre santuario de Montserrat y la ciudad de Manresa, lugares santificados por San Ignacio, le daba esfuerzo para soportar todas las molestias que tan largo camino le había de acarrear. Llegado el día señalado para dar principio á su peregrinacion, vanse los peregrinos con su alforja al hombro y el bordon en la mano á pedir la bendicion al P. Rector. Dióselas este con toda la efusion de su alma, y exhortólos á que en todas partes diesen buen olor de Cristo con su humildad y paciencia, nombrando superior de los demás al H. Pignatelli. Esta fue para el humilde novicio la más sensible de todas las amarguras que en aquella expedicion y viaje experimentó. Hizo y reiteró mil instancias con protestas de su indignidad y poca disposicion para aquel cargo; pero todo fue inútil, y hubo de obedecer y someterse.

Poco sin embargo perdió de su humildad, antes ganó mucho; porque valiéndose de aquella autoridad que sobre sus compañeros tenía, se hizo siervo de todos y el menor de ellos, escogiendo en las posadas lo peor para sí y reservando para los otros las camas menos incómodas, los aposentos mejor aviados, y las mejores limosnas. Vez hubo que refugiándose en un hospital, en donde no había más sitio desocupado que un aposento con dos camas, cedióselas el H. José á sus dos compañeros, y él tomó para sí una camilla ó andas que servía para llevar á enterrar los muertos del hospital, y pasó la noche en ella. Este suceso y otros que le acontecieron en esta peregrinacion los contaba el Siervo de Dios en su vejez á sus novicios con infantil sencillez y modestia con el objeto de alentarlos á padecer privaciones é incomodidades por Cristo y á levantar sus ojos y su corazon á Dios y á fiar en su providencia en medio de las adversidades y peligros. Dejando, pues, lo que es general á todos los que hacían esta peregrinacion, escribiremos lo peculiar que á nuestro novicio aconteció y él refería á sus discípulos.